

pudo burlar muchas veces á sus temibles enemigos. En el primer período de la época cuaternaria el hacha fué perfeccionada hasta ofrecer



Galería cubierta de la Edad de Bronce. Corte vertical (Saurins).

un filo y transformarse en una suerte de cuchillo rudimentario. Los rascadores y afiladores de piedra le permitieron efectuar un perfeccionamiento en su obra y el hacha fué biselada, pero desprovista todavía de mango. En ese período, el período monsterial, el pobre y temeroso precursor se fortifica y se alienta con semejante conquista, atreviéndose á la lucha con los grandes enemigos, que aún subsisten, el oso de las cavernas, la terrible hiena y el amenazador megáceros, suerte de ciervo gigantesco y temible, indomable y feroz.

¿Cómo fué la invención del arma? ¡Quién podrá decirlo! ¡Quién podrá imaginarlo! Pudo surgir en la mente del hombre en aquellos períodos de descanso y de paz propios del otoño y de la primavera, cuando la dicha es universal y debía estar repartida para todos, pero es más probable que surgiese en los terribles momentos de una mortal angustia, cuando el hombre perseguido por el oso de las cavernas, refugiado en su guarida, defensiva hasta entonces, esperó y esperó que transcurriese el tiempo para salir de su escondrijo. La sed y el hambre le mordían las entrañas, pero no podía salir. Los terribles y relucientes ojos de la bestia le espaban, aguardando su salida, y había de morir bajo la insistente mirada del cen-

tinela obstinado, que, tenaz, pertinaz, arrollador y triunfador tantas veces, se tendía y descansaba ante el obstáculo, seguro de conse-

guir su triunfo por la fuerza del asedio y la reducción del sitio.

Todos los pensamientos salvadores, todos los recursos para vencer un obstáculo y romper un sitio que pueda tener el más inteligente de los hombres actuales y de los hombres futuros, aparecieron sin palabras aún, sin precisión, sin contorno en el cerebro del misérrimo sitiado y crearon el hacha salvadora, que, matando al sitiador dormido, dió la libertad al sitiado, como la muerte del dragón de las leyendas desencanta á la princesa prisionera.

La crueldad, el terrible dolor de esta experiencia han elevado de tal modo á los hombres, que tanto como pueda horrorizar el imaginarnos aquella escena hemos de agradecer que haya ocurrido, porque sin ellas estaríamos muy lejos de alcanzar los días que vivimos actualmente.

La conquista de otro medio de defensa, el fuego, aparece poco después, y gracias á él pudo el hombre libertarse del asalto de las fieras. Un círculo incandescente sirvió en muchas ocasiones para resistir á los monstruos, y alrededor de esta muralla de fuego, en que toda la creación feroz bramaba, rugía, ululaba y resoplaba amenazando con la muerte, el hombre se mantuvo confiado y seguro.



Una habitación de la Edad de Piedra (Dinamarca).

Alguna vez sucedió también que la paciente obstinación de las fieras fué mayor que el combustible defensor del hombre, y cuando ya las

brasas iban extinguiéndose sobre las blancas cenizas, se arrastraron revueltos y arrolladores los enemigos, devorando sobre los últimos tizones de la defensa á los míseros sitiados.

La conservación del fuego fué un cuidado doblemente impuesto por la necesidad de defenderse y por la dificultad de obtenerlo en todo instante. Una gran parte del culto que tuvo después toda idea religiosa, fué vinculada á la conservación del fuego y se consideró como una traición, como una infamia, como el *sum-mum* de la impiedad el dejarlo extinguir un solo momento.

De ese culto salió más adelante una exaltación de la virginidad femenina, y cuando pudo



Un trabajador de la Edad de Piedra.—(F. Cormon).

obtenerse más fácilmente el fuego, cuando ya en todo el mundo y en todo instante puede conseguirse la producción semejante elemento, la conservación de la virginidad se ha seguido exigiendo para la conservación de otro fuego más grande y más terrible, que ha devorado en parte á los hombres.

Las vestales romanas, las jóvenes encargadas de la conservación del

fuego, son el más preciso recuerdo de una institución primitiva, y por ende la degeneración de una función antiquísima confiada á la mujer.

La virginidad

requerida para la conservación del hogar, no se exigía por la virginidad misma, sino por miedo al descuido de la función que significaba la



Vaso de tierra cocida y collares en granos de yeso (Bocas del Ródano).

pérdida de aquélla. Las atenciones de una madre ó de una viuda eran demasiadas para vigilar al mismo tiempo este gran conservador de la sociedad. El fuego exigía tanta juventud como desobligación de cualquier cargo.

Los beneficios del fuego y el ser en realidad el padre de las artes le elevaron á instaurador religioso, á algo vivo que vivía y se movía entre los hombres, que estaba un momento con ellos y ascendía á los cielos, perdiéndose en el ambiente. La comparación más sublime y las mayores ponderaciones del pensamiento tienen durante siglos y siglos por única comparación la llama.

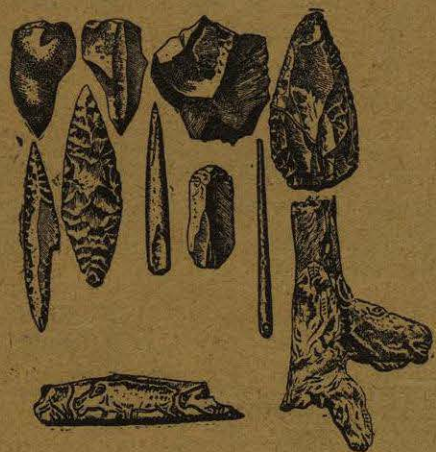
Los trastornos del mundo al término de las primeras edades, cuando ya el hombre disponía del hacha y del fuego, fueron también considerables y sirvieron como medios exteriores para el progreso de la evolución humana. En Europa, por ejemplo, Inglaterra estuvo unida al continente. La fauna sufrió una transformación completísima. El tigre de las cavernas se dirigió hacia el Sur, el rinoceronte fué desapareciendo y el caballo y el reno fueron haciendo retroceder al mamut. En la sociedad de los hombres no había todavía más animal que el perro primitivo, el primer agregado y el primer auxiliar de nuestra evolución.

El elefante primitivo fué también un poderoso auxiliar del hombre, y sin su concurso, con el socorro del perro solamente, no hubiera podido conseguir el mejoramiento de su condición. Pero en realidad al auxilio del perro, la continuidad de su compañía y la docilidad de su carácter, contribuyó más que ningún otro auxilio del mundo animal al perfeccionamiento del hombre y al desarrollo de su propia cultura.

Los primeros vestidos y los primeros adornos surgen también en esta época, cuando el hom-

bre no conoce todavía los metales ni se industria con ellos para su vida. La piedra le sirve absolutamente para todo en un principio, y sobre ella edifica su morada y cimenta su defensa. Más tarde, las espinas de los pescados y los huesos de los animales pasan de su calidad de armas á instrumentos y útiles de trabajo, siendo los mejores auxiliares del hombre. Una tibia, un fémur, los cuernos, las astas de los megáceros aumentan la panoplia del hombre primitivo, y sirven tanto para su defensa como para su trabajo y su adorno.

El adorno aparece y surge antes que el mismo vestido. La piel del vencido, del oso de las cavernas ó de la hiena, cayó sobre los hombros del vencedor como un trofeo, como un signo de elegancia y de adorno, antes que como algo necesario é imprescindible.



Sílex tallados del período terciario (Portugal y Francia).  
Cuernos de reno, labrados (Francia).

Más tarde, al ocurrir la segunda invasión glacial, cuando más de la mitad de Europa estaba llena de hielos y la temperatura era crudísima, la necesidad surgió del propio adorno, y la caza, más que un medio de proveerse de alimento, fué un medio de adquirir el vestido.

No es probable que el delantal fuese el primer traje. Hoy podemos creerlo así, porque caemos á todas horas y sentimos el pudor que se dice sintieron los padres bíblicos del género humano después de su caída.

Muy posteriormente al empleo de las pieles como abrigos generales del cuerpo, fué cuando los hombres primitivos rodearon sus cinturas con un delantal que no sólo les servía de abrigo sino de medio de limpieza.

La existencia de collares de huesos y de huesos labrados para adorno, así como los yaci-

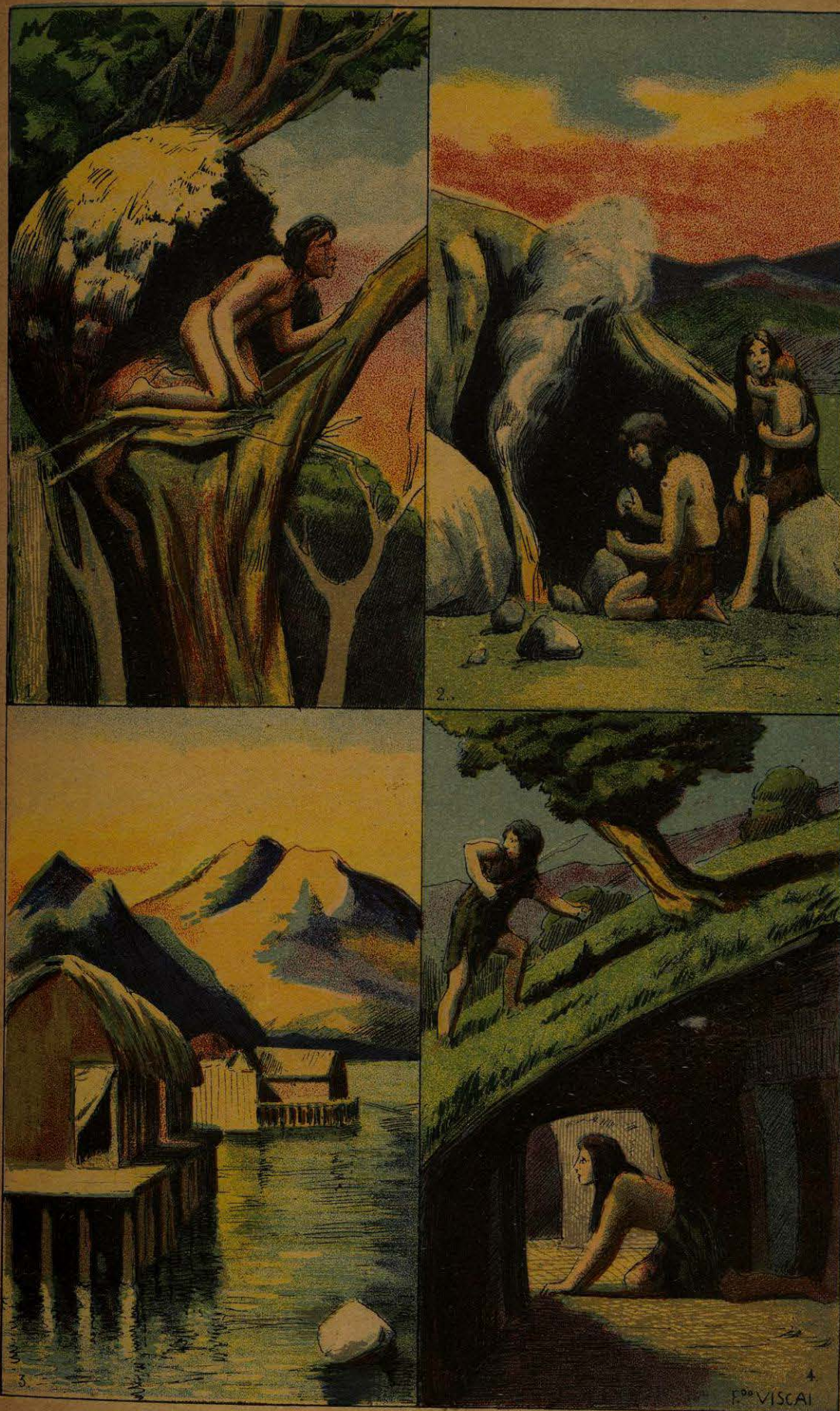
mientos de fémurs y de tibias encontrados en algunas estaciones prehistóricas han servido para conjeturar la *coquetería* del hombre y su ferocidad también. En otros casos han atestiguado la existencia de ideales trascendentes y religiosos. En los collares de huesos se han observado trozos de cráneos, pedazos de parietales atravesados, que se ha supuesto iba colocándose el vencedor para presentar ante la tribu la hoja de sus servicios y la historia de sus combates. En esas mismas rodajas se ha creído ver también una iniciación religiosa, suponiendo que debieron usarse como amuletos. La verdad es que no hay una prueba incontestable del hecho que se señala, y que si bien encontramos cráneos trepanados, después de muertos sus poseedores, y aplicados en las perforaciones otros trozos de hueso, lo que puede hacer creer que el que hizo aquella operación esperaba que el muerto resucitase, también puede atribuirse esto á un culto mágico fundado en la simpatía.

Por conjeturas análogas se ha sostenido que los huesos encontrados sin tuétano en las cavernas, no quedaron allí porque fuese antropófago el habitante de ellas, sino porque utilizaba su jugo para colorear los dibujos con que se tatuaba el cuerpo (!). Generalizando de este modo, deduciendo y designando con demasiada rapidez los hechos y las cosas, M. Lartet ha dado el impropio nombre de *bastones de mando* á ciertos huesos dibujados y horadados por su extremo, y el merítísimo Broca ha tomado por *libros de cuentas* ciertas piedras rayadas, como rayan en ciertos pueblos, labrando unos palos ó tallas de madera para anotar el pan que toman del hornero ó llevar otras cuentas.

### VIII

El frío ha sido una gran causa civilizadora del hombre, porque el descenso de la temperatura le hizo de condición sedentaria, y semejante condición echó en él las bases del arte. Al sílex sencillísimo de Thenay, á las hachas de los períodos de Saint-Acheul y á las más perfeccionadas, de forma triangular, de Monstér, siguió el arma perfecta de Solutre y la era artística de la Magdalena.

El hombre de Solutre había tenido ya un intento de arte. En las estaciones solutresas se han encontrado huesos trabajados, y es famoso



1. Vivienda en los árboles.—2. Edad de Piedra.—3. Aldea lacustre.—4. Trogloditas.

la entalladura que representa un ciervo sobre un trozo de hueso. Pero los hallazgos no tan considerables que siguen á esta época, acreditan un arte que comienza. El arte de Solutre es un arte toscó, si se comparan sus productos con la época del hombre de la Magdalena. Los instrumentos de la Magdalena son verdaderos útiles y herramientas de trabajo. La mayoría de ellos, rascadores, cuchillos, hachas, buriles, están hechos para trabajar y para dividir el trabajo. La obra se ejecuta indistintamente en piedra, en hueso, en asta, en marfil. Se encuentran agujas, silbatos, arpones, puñales y un sinnúmero de objetos de adorno. Los llamados *bastones de mando* pertenecen á esta época, y son, como ya hemos dicho, astas de reno grabadas, provistas de uno ó de varios agujeros. Las figuras esculpidas son el caballo, el reno, el buey y algunos peces. La representación humana aparece también, y queda así desprovista de fundamento la opinión ingeniosa y peregrina del barón de Luynes, que señalaba los orígenes de la pintura en el calco de la sombra. En las piezas presentadas á la Academia de Ciencias cuando Lartet visitó la caverna de la Dordoña con Falconer, representa una un antebrazo muy groseramente dibujado; en otra aparece un hombre completamente desnudo, inclinado hacia adelante, y llevando sobre la espalda un bastón.

Uno de los hallazgos encierra todo un poema, toda una exaltación artística, como no hay ejemplo en el mundo. Sobre la defensa de un mammut ha sido grabada la imagen del mismo animal. Jamás ha hecho el hombre una ofrenda tan magnífica ni ha testimoniado mejores su agradecimiento y su cariño hacia sus grandes auxiliares.

Otra escultura muy célebre, del mismo período, es la encontrada en la estación de Laugerie-Basse, que por representar á una mujer sin brazos, delgada y alta, con las partes sexuales muy pronunciadas, ha sido llamada la *Venus impúdica*.

Pero el hombre de la Magdalena no sólo conoció el grabado y la escultura, sino la pintura y la decoración. Su cueva, que era su casa, su palacio, estuvo adornada y alhajada con verdadero gusto. El ejemplo más interesante de estas cuevas se halla en la cueva de Altamira, en Santander (España), que fué estudiada en 1881 por M. Horlé. En las paredes de la misma se pue-

den ver dibujados con ocre y con carbón vacas, y, principalmente, bisontes. En la cueva de la *Mouthe* (Dordoña) se registran hasta ciento nueve grabados, que ocupan una extensión de doscientos metros, representando la mayoría de ellos al caballo. Unas cuarenta figuras patentizan que el hombre ha logrado relacionarse con el caballo, y lo que es más, que ha llegado á dominarle, según se colige de la variedad de las figuras, y de ciertas particularidades que se observan.

La decoración del hombre primitivo, perteneciente á la edad de piedra, es análoga en su motivo ornamental á la misma que observamos en los trabajos de los salvajes, de los presidiarios y de los conventos; un motivo sencillísimo, como la cruz ó el aspa que se repiten indefinidamente. No hay ninguna variedad, porque el espíritu no tiene sino un movimiento en una sola dimensión y un solo sentido.

El hombre de la Magdalena estaba, sin embargo, muy por encima del salvaje actual, y por lo que respecta á sanidad del espíritu y fortaleza ideal, muy por encima también de al-



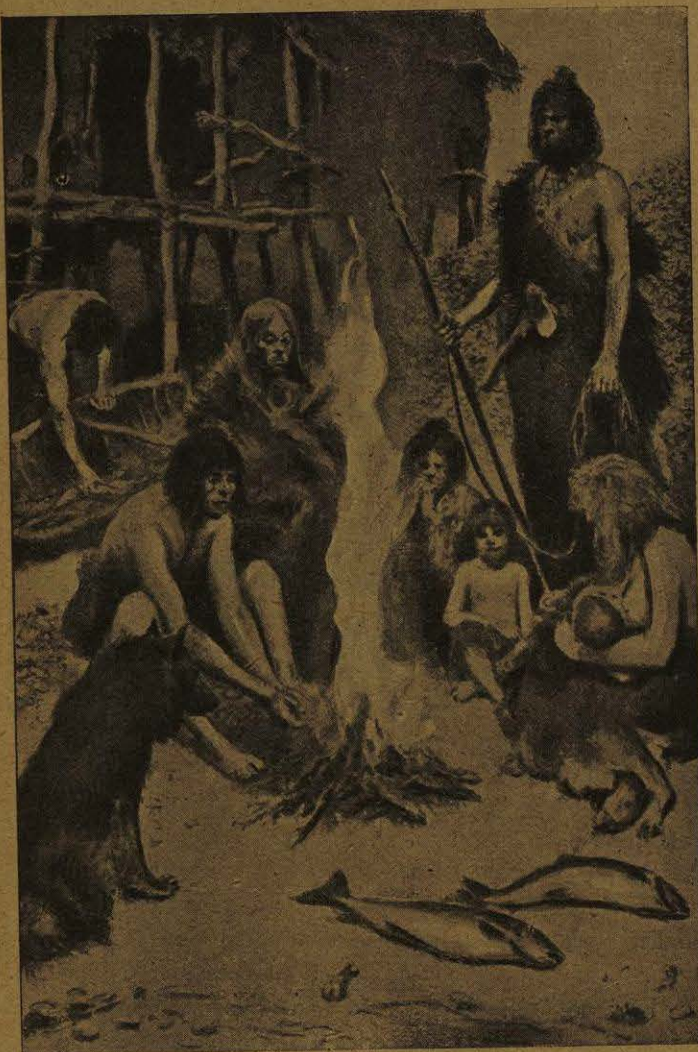
Martillos, picos, cuernos y marfiles esculpidos (Francia).

gunos presidiarios actuales y reclusos voluntarios en las casas religiosas. Los caracteres craneanos del hombre primitivo que apenas conocía el hacha, ó sea del poseedor del cráneo Neanderthal, se han dulcificado bastante al llegar este período. Lo que conservan estos hombres de un modo más definido es su pilosidad, á juzgar por sus propios dibujos. La conquista del traje es un hecho: la división del trabajo y la existencia del mutuo apoyo se testifican también, y las hordas errantes de los períodos anteriores han desaparecido para convertirse en agrupaciones de clases y de tribus.

El hombre lucha principalmente con el mismo hombre que ya posee ciertas nociones de propiedad, de poder y de autoridad, porque domina sobre algunos animales y les impone su yugo.

Hay un poco de piedad, hay algo de respeto, en medio de esas luchas, y los cadáveres se entierran en las cuevas, consagrando algunas para el efecto. Todavía se siguen utilizando, sin embargo, algunos árboles como cementerios humanos, pero lo general es guardar los restos en la tierra.

La conquista del fuego y la conservación



El primer hogar.—(F. Cormon.)

del mismo, juntamente con la humedad, favorecieron el desarrollo de la cerámica. El arte de la alfarería representa el sumum de las conquistas humanas en los primeros instantes de la cultura del hombre. El cacharro de barro fué al mismo tiempo, según ha podido observarse, la expresión de lo bello, el maestro del lenguaje y el origen de los dioses. Al hervir el agua, tomó el hombre las primeras iniciaciones para la palabra recogiendo la onomatopeya del hervor.

Todas las palabras que significan vitalidad, movimiento, animación, tienen su raíz en el hervor del primer cacharro de arcilla puesto al fuego por el hombre del último período de la edad de piedra. Este hecho ha sido adivinado por algunos sabios, y demuestra la importancia que tienen para los estudios antropológicos las indagaciones de la filología.

Para el primer hombre, para el hombre de esa edad á que nos referimos, el hervor del agua fué algo semejante á la agitación de un dios, al movimiento de un ser vivo, de un organismo misterioso que hacía sus revelaciones al hombre con un murmullo, con un ruido tan extraordinario, tan atrayente y al mismo tiempo tan aterrador como el rugido de las fieras.

La cocción fué la primera comunión humana, y todas las aras y los altares de cuantas religiones aparecieron después, no fueron más que una modificación de la primera ara y el primer altar del hombre primitivo.

Las ideas religiosas, las nociones del espíritu y de la inmortalidad han tenido tal vez esta humilde iniciación, y, sin tal base, utilitaria y constantemente aplicada, no hubieran podido evolucionar hasta las formas superiores del culto y las conclusiones morales mejor reconocidas.

El rayo y el trueno no han sido ciertamente los primeros dioses ni menos esos prime-

ros demonios, esos espíritus malos que recibieron antes que los buenos las oblações del hombre. Los fenómenos naturales han podido aterrar, pero no han podido en manera alguna inventar un dios. En el hervor, en cambio, se ha podido provocar esa ilusión, por presentarse de un modo gradual, por nacer y surgir ante el hombre, á su propia vista, como han tenido que nacer luego todos los reformadores é inauguradores de un culto.

La idea del mal, gemela de la de la destrucción, se presentó bajo la forma de la fiera, de otro ser poderoso que disputa lo que nosotros necesitamos. Se puede ver en ella un ser maléfico, pero no siempre maléfico para todos los hombres y para todos los seres. La hiena de las cavernas, el *cervus hibernicus*, el *ursus spelea*, no ofrecían la universalidad del hervor, del calor ó de la luz. El rayo y el trueno podrían producir temor, confundirse con el enojo de un ser supremo más allá de la naturaleza, pero no de un ser bueno, universalmente bueno, que se presenta y asiste de una manera diaria á todos los seres, lo mismo que el sol.

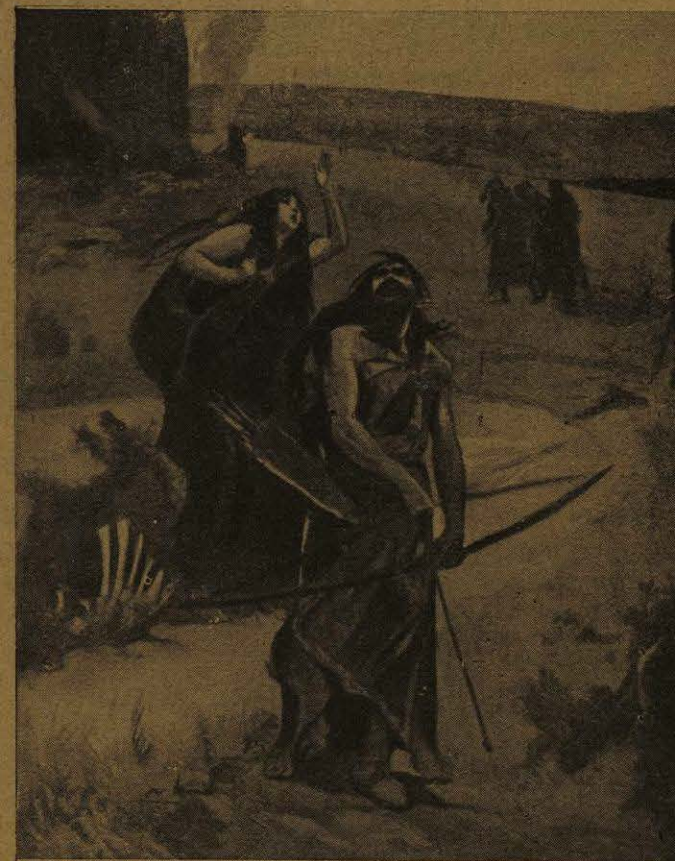
El primer acto del culto ha sido la distribución de este dios bueno, la recepción del mismo, así en la vida mediante los alimentos, como en la muerte bajo la incineración al principio, y la sepultura más tarde.

La desaparición ó retirada del reno libró al hombre de un terrible enemigo. En esta época el reno emigra y el hombre ha de cambiar su trabajo empleándose en la caza del ciervo. La caza viene á ser una nueva obra del culto, y la cocción representa la depuración del enemigo. El reno fué comido, fuera de los casos de pura necesidad, cuando el hombre tuvo que abandonar Suiza, la mayor parte de Rusia y una gran parte de Alemania, invadida por los hielos. Se comió de una manera religiosa, pues la comida habitual era en esta época, aparte de otras reses, los moluscos, los peces y las aves.

Los cereales y las legumbres, por ser desconocida su aplicación, no se utilizaron sino más adelante, cuando el hombre inventó el pan y pudo almacenar los granos, en una época de más estabilidad y de un poder de asociación mayor que el que tuvo el hombre de la época de piedra.

Al lado de la transformación moral, ó mejor dicho, como iniciadora de esta, sufre el hombre

una transformación física que le aproxima al hombre que hoy conocemos. Terminada la lucha con los monstruos, que se destruyeron principalmente entre sí, y comenzada la lucha del hombre con el hombre, como consecuencia del progreso del mismo y la concurrencia que establece entre ellos la conquista de los medios que han de elevarle, la habitación troglodita constituye para él un serio peligro, y en lo sucesivo no puede utilizarla sino para cementerio. La inclemencia del tiempo y la humedad hacen intolerable su estancia en esta guarida, y el



El hombre primitivo. El primer arquero.—(F. Cormon.)

hombre se decide á vivir en los lagos, en el seno de los ríos. Para emprender semejante empresa estaba ya preparado el hombre por su condición sedentaria y por la existencia del apoyo y de la cooperación.

La primer revelación científica de este cambio de la vida humana se patentizó al descubrirse sobre el lago de Zurich (1853-54) las primeras habitaciones lacustres.

Semejantes habitaciones, ciudades diríamos más bien, se edificaban sobre pilares de ma-